

CAPITULO CLXXXIX.

Comienza la retirada de los franceses.—Movimientos de Wellington.—Batalla de Vitoria.—Entra el rey José en Francia.

PRECISAMENTE en los momentos en que más falta hacían en España actividad y fuerzas bastantes para concluir de una vez la guerra que venía sosteniéndose, el Emperador dispuso de parte de las fuerzas que tenía en España, quedando en junto unos ochenta mil hombres, de los cuales á últimos de marzo se dirigieron á Alemania seis mil bajo el mando del mariscal Soult.

Como que el Emperador tenía el propósito de agregar las provincias del Ebro á Francia, con objeto de asegurarlas más ordenó á José que abandonara á Madrid trasladando su cuartel general á Valladolid, lo cual verificó no muy satisfecho el día 17 de marzo, quedando en la capital únicamente una división.

En medio del incesante pelear de aquellas partidas que, como hemos manifestado ya, no dejaban un momento de reposo al enemigo, Wellington creyó oportuno ponerse en movimiento, y efectivamente, como en virtud de la nueva división dada á los ejércitos españoles contaba con numerosas fuerzas, dió las órdenes para que avanzase toda la línea, y á mediados de marzo se verificaba la operación.

José, faltar de soldados para defender la línea del Guadarrama y la del Duero, evacuó las dos Castillas; y seguido de su corte, pasó el Ebro y fué á aposentarse en Vitoria.

Los aliados se le habían anticipado á ganar el Ebro, y no tuvo otro remedio que resignarse con ir á establecerse en Vitoria, habiendo dado órdenes de que se replugaran todas sus fuerzas, evacuando á Madrid la división que quedaba en él y llevándose consigo un riquísimo convoy.

«Llegada era la época de los grandes sucesos, dice un historiador. Napoleón había salido de París para dar comienzo á su campaña de Alemania (15 de abril), y un mes después Wellington principió también su movimiento hacia el Duero para abrir la suya en España á la cabeza de cuarenta y ocho mil ingleses, veintiocho mil portugueses y veintiseis mil españoles del 4.º ejército. Aseguradas ambas orillas de aquel río, alzó el caudillo inglés sus reales (22 de mayo), y reuniendo sucesivamente las fuerzas que habían de seguirle, se encaminó al Tormes, vía de Salamanca, presentándose delante de esta ciudad (26 de mayo) cuando José Bonaparte, que no sabía exactamente los movimientos ni las fuerzas de los aliados, no había aún concentrado sus fuerzas. Pasaron algunas divisiones aliadas el Tormes por dos puntos, arrollando los pocos batallones que quisieron disputarles el paso, y en tanto el grueso de sus fuerzas se encaminaba al Esla, y el centro del 4.º ejército español, mandado por D. Pedro Agustín Giron en ausencia de Castaños, se aproximaba también á Benavente. Toda la línea de Wellington se había puesto en movimiento aventando delante de sí las fuerzas enemigas, y el duque de Ciudad-Rodrigo se paró en Toro, para dar tiempo á la reunión de toda su gente. Confundidos los franceses con irrupción tan inesperada, no sólo renunciaron á sostener la línea del Duero y después la del Pisuerga, adonde se acogieron, sino que emprendieron la retirada á Burgos, en líneas convergentes.»

Hallábase colocado el ejército francés en batalla delante de Vitoria el 21 de junio: sin embargo, se sostenía á la defensiva aguardando que se le uniera el general Foy, que se hallaba en las costas de Guipúzcoa, y Clausel, que con una división de más de diez mil hombres perseguía en Rioja y Navarra á Mina, el más célebre de los partidarios españoles y que más daño había ocasionado á los ejércitos franceses.

Maucune con sus tropas, el mismo día á las cuatro de la mañana salió para Bayona escoltando un gran convoy.

Todo esto hizo anticipar á Wellington el dar la batalla ántes que José reuniese todas sus fuerzas.

Al rayar el alba el día 21 ordenó al general Hill atacara la izquierda de los franceses.

En esta línea militaba la división española de Murillo, que principió el ataque.

Los franceses se reforzaron en aquel punto, Hill acudió á auxiliar á Murillo que, aunque no abandonó el campo de batalla, estaba herido; arrojó al enemigo de las alturas, pasó el Zadorra por la Puebla y ganó á Subijana.

El centro de los aliados pasó también el río, acometió las divisiones que tenía en frente y las desalojó de sus posiciones, llevándose diez y ocho cañones.

Los franceses retrocedieron con orden, haciéndole perder al general inglés Colwille, cuya brigada estaba más adelantada y se desvió algún tanto, quinientos cincuenta hombres.

Este era el estado de la acción á las diez del día.

Graham llegó á esta hora. Mandaba la izquierda de los aliados, y el general español Giron le servía con tropas de su nación.

Su ataque dió comienzo por el camino de Bilbao.

El general inglés Pack, que mandaba una brigada portuguesa y una división española á las órdenes de D. Francisco Longa, atacaron las alturas del enemigo.

Este y una brigada inglesa se apoderaron de Gamarra mayor y menor y de tres cañones que allí tenían los franceses.

Acometió Graham la posición de Abechucos y se hizo dueño de

ella, cogiendo además en el puente mismo tres cañones y un obús.

Graham no pasó el Zadorra hasta que el centro y la derecha inglesa hubieron obligado al enemigo á la retirada.

Eran las seis de la tarde y se apostó en el camino de Bayona, impidiendo á los franceses toda retirada que no fuese á Navarra por el camino de la Borunda, intransitable entónces para las ruedas.

La confusión fué extremada para el enemigo.

No tuvo más remedio que huir precipitadamente, abandonando artillería y bagajes ricamente cargados, como de una corte, con los cuales tuvieron un gran botín las tropas aliadas y los habitantes de Vitoria y de las cercanías.

Los franceses perdieron además ciento cincuenta y un cañones, ocho mil hombres entre muertos y heridos y mil prisioneros.

Los aliados tuvieron cinco mil soldados fuera de combate.

Los resultados de esta gran victoria fueron la evacuación casi entera de España.

José llegó á Pamplona con las reliquias de su ejército y se metió en Francia dejando guarnición en aquella plaza.

En esta época de la campaña estaba Napoleón entre el Elba y el Oder, habiendo conseguido triunfar de sus enemigos en Sutzen, Bautzen y Wurtzen.

Por mediación de Austria se hizo un armisticio para tratar de la paz, y durante la suspensión de hostilidades supo en Dresde la catástrofe de Vitoria.

Confió á Soult el mando del ejército de España, proporcionándole los refuerzos que Francia en su actual situación podía suministrar.

El Mariscal llegó á San Juan del Pié de Puerto el 12 de julio, cuando ya los aliados ocupaban las Provincias Vascongadas y el reino de Navarra, y se preparaban á sitiar á San Sebastian y á Pamplona.

El proyecto de Soult era socorrer ambas plazas, empezando por Pamplona.

Entró en España con sus divisiones por Roncesvalles y el valle del Baztan el 24 de julio, y se acercó á la capital de Navarra; pero rechazado el 28 en Sorrauren, abandonó á su suerte la plaza, que se defendió hasta el 31 de octubre, y determinó ir á socorrer la fortaleza de Guipúzcoa.

Tampoco le salió bien esta expedición.

Los ingleses entraron á viva fuerza en la ciudad el 31 de agosto, la incendiaron y saquearon, y la guarnición se retiró al castillo.

El mismo día pasaron los franceses el Bidasoa y acometieron las posiciones de San Marcial, defendidas por un cuerpo español al mando del general D. Manuel de Freire y otro á las órdenes de Giron.

El enemigo fué rechazado en todos los ataques, y hubo de repasar el Bidasoa con pérdida de más de dos mil hombres.

La de los españoles no fué mucho menor, pues ascendió á mil setecientos.

El castillo de San Sebastian se rindió por capitulación el 8 de setiembre.

Wellington pasó el Bidasoa y entró en el territorio francés en la noche del 6 de octubre, arrojando á Soult de su primera línea.

Napoleón, contra el cual se había declarado también el Austria, después de la terrible victoria de Dresde, tuvo sin embargo que abandonar la línea del Elba por las derrotas que sufrieron sus lugartenientes en Bohemia, Silesia y Brandenburgo.

Sostuvo en Leipzig cuatro días de combate, y temiendo que le cortasen la retirada, salió de esta plaza para Francia, dejando en poder de los enemigos veinte mil hombres que no pudieron seguirle por haberse volado ántes de tiempo el puente del Elster.

Toda la Europa iba detrás de él, cuando ya tenía un ejército enemigo aguerrido y numeroso en el Mediodía de su imperio.

El 10 de noviembre acometió Wellington la línea del Nivelles, donde se había apostado Soult, y se apoderó de ella.

En este ataque mostraron las tres naciones igual intrepidez é inteligencia.

La pérdida de los franceses fué de mil quinientos muertos, cuatrocientos heridos y quince cañones.

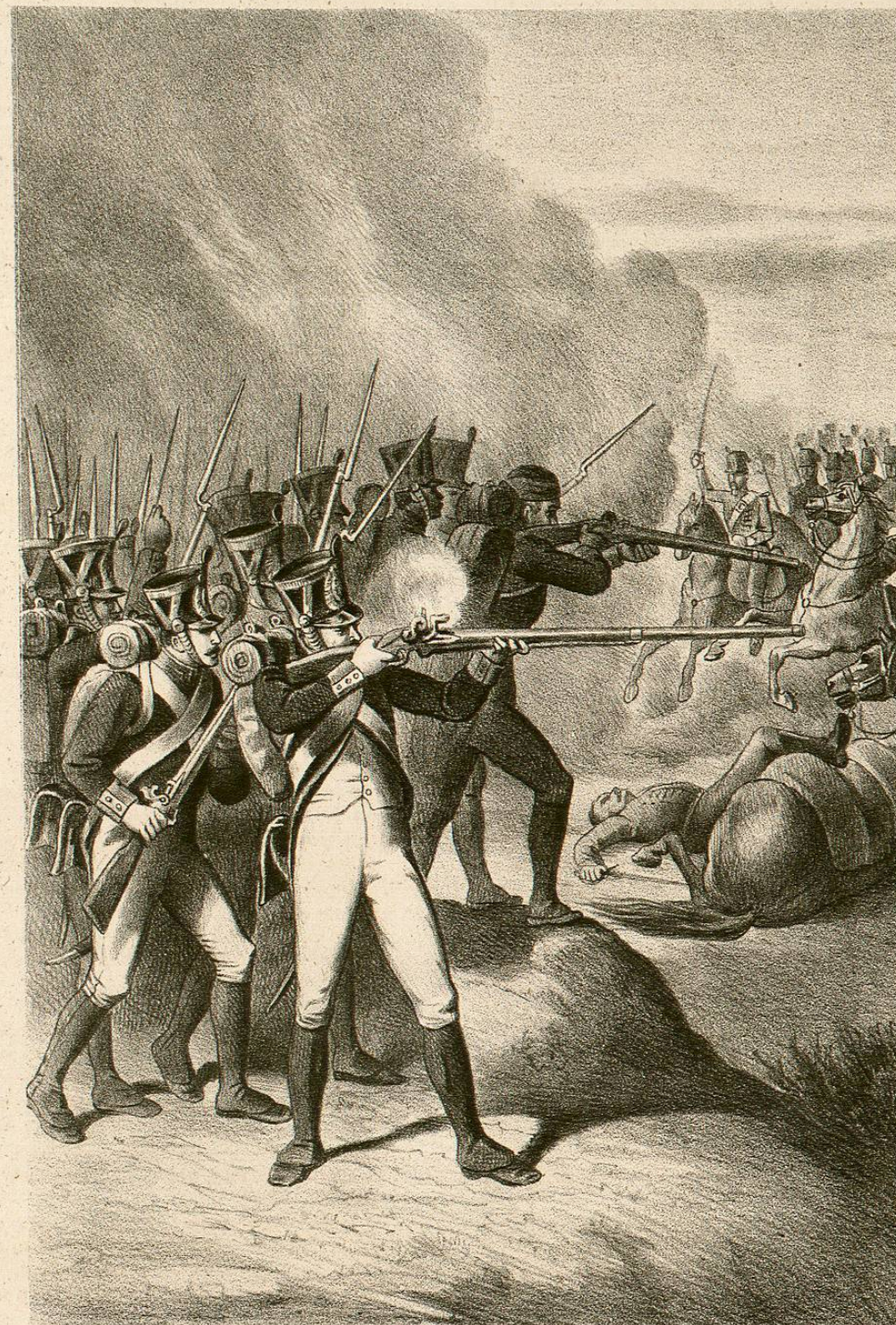
Los aliados perdieron tres mil hombres.

Su pérdida fué mayor que la del enemigo, porque los franceses se batían en retirada, apenas conocían que no podían sostenerse en los puntos que ocupaban.

Wellington estableció su cuartel general en San Juan de Luz, apoyando su izquierda en el mar y maniobrando por su derecha para desalojar á los franceses del Nivelles superior, lo que consiguió el 9 de diciembre; pero en los cuatro días siguientes no cesó Soult de atacar la línea de los aliados por si podía recobrar los puntos ya perdidos.

Nada consiguió; y en estos continuos y sangrientos combates tuvieron los aliados cinco mil hombres perdidos entre muertos, heridos y prisioneros, y los franceses seis mil.

Las Cortes extraordinarias de España concluyeron sus sesiones este año, y las ordinarias, formadas con arreglo á la Constitución, se juntaron en la isla de León.



J. SERRA, 10.

ERVIAL, Olin, 27.

BATALLA DE SAN MARCIAL.

CAPITULO CXC.

Suerte de los españoles en algunas provincias de España.—Desgraciada empresa de los ingleses.—Entran los españoles en Zaragoza.—Batalla de San Marcial.

No fué tan feliz la suerte de los españoles en las provincias de Cataluña, Aragón y Valencia.

Aquí quedaron, hasta cierto punto, descubiertos los enemigos con tales sucesos, apreciando bien pronto el mariscal Suchet lo crítico de su estado.

Ya por los meses de mayo y junio se había prevenido con prudencia, reforzando la línea del Júcar y colocando nuevas tropas en su flanco y espaldas, obstáculos que impedían á los españoles y anglo-sicilianos obrar cual quisieran y con arreglo á las instrucciones de Wellington, quien había ordenado que se distrajerse por allí á los franceses á fin de que no pudiesen destacar fuerza ninguna del lado de Navarra. En cumplimiento de semejante mandato, y pasando por multitud de dificultades, determinaron los jefes aliados acometer al enemigo por varios y distintos puntos, y á este efecto los anglo-sicilianos y la division española de Whittingham, en número de catorce mil infantes y setecientos caballos á las órdenes de Murray, se embarcaron en Alicante el 31 de mayo con rumbo á las costas de Cataluña. Desembarcados en las playas de Pineda, como á una legua de Tarragona, el 3 de junio, mientras el general Copons ocupaba á Reus, dirigiéronse sin pérdida de momento algunas tropas contra el castillo del Coll de Balaguer, que se rindió pocos días despues, el 7 de junio.

Copons se colocó en el camino de Alfafulla para interceptar los socorros que pudieran llegar de Barcelona, y Murray se aproximó á Tarragona, decidido á acometer la plaza por el lado de Poniente.

Acertadas prevenciones para resistirle había tomado el gobernador Bertolletti, pero esto no obstante los cañones ingleses habían logrado ya arruinar varios edificios y parte de las murallas, y hasta abrir algunas brechas practicables, cuando se recibió aviso de haber llegado á Villafranca el general Mathieu con ocho mil hombres de Barcelona el 11 de junio, y de haber visto el día anterior en el Perelló la vanguardia de Suchet, quien, dejando el Júcar al general Harispe, acudía al peligro con fuerzas considerables.

Azorado el ingles con semejantes nuevas, dispuso el reembarque de los suyos el 12 de junio, lo cual verificó atropelladamente, abandonando algunos cañones y pertrechos.

Otros movimientos del enemigo y recelos de Murray de que no pudiera acabar de embarcarse á tiempo su caballería, le obligaron á echar nuevamente á tierra los infantes y colocarlos en puesto favorable para rechazar cualquier acometida; pero no la intentaron los franceses, y habiendo metido socorros en Tarragona, retrocedieron unos á Tortosa y otros á Barcelona. Prosiguió entonces el embarque, y la expedición, sin otro fruto que haber volado el castillo del Coll de Balaguer, levó anclas para volver á Alicante el 19 de junio, perdiendo cinco buques en las aguas de los Alfaques. Murray, á quien había sucedido en el mando lord Bentinck, preso antes de abandonar las playas catalanas, fué sujetado en su país á un consejo de guerra, cuyo fallo, si bien salvó su intencion, dejó lastimada su capacidad. Otro amago hicieron por entonces los ingleses por el lado de Palamós, favorecidos por el baron de Eróles; pero su resultado se limitó á un empeñado reencuentro que sostuvo éste en Bañolas con el general Lamarque el 23 de junio.

En tanto que tenía lugar aquella desgraciada expedición, Elío y el duque del Parque atacaron, aunque con poco fruto, la línea del Júcar el 11 y 13 de junio; esto hacía que los franceses, escasos de fuerzas en aquella parte, andasen cuidadosos, cuando los sacó de recelos el mariscal Suchet, quien, desembarazado de lo de Cataluña, tornó al Guadalquivir el 24 de junio despues de una rápida marcha.

Ansioso el Mariscal se disponía á caer sobre los españoles, cuando las nuevas de la batalla de Vitoria y de la retirada de José le obligaron á suspenderlo todo y aun á resolver el desamparo de Valencia, lo que verificó en la mañana del 5 de julio, destruyendo ántes las fortificaciones, si bien conservó, con la esperanza de una reconquista, los castillos de Denia, de Murviedro, de Peñíscola y de Morella, y aumentó la guarnición de la plaza de Tortosa.

A los dos días verificó su entrada en la capital del reino valenciano D. Pedro Villacampa con algunas tropas, y sucesivamente hicieron lo mismo el duque del Parque y D. Francisco Javier Elio.

Inclinóse Suchet en su retirada hacia Aragón para libertar al general Paris, amenazado en Zaragoza por Mina y Durán, y cubriendo las bajas en todos los cuerpos que allí había reunidos, cayó sobre Caspe el 12 de julio, tomando á Gandesa y Tortosa.

El 8 de julio Paris abandonó á Zaragoza, dejando sólo en la Aljafería quinientos hombres y llevando consigo un inmenso convoy de acémilas y carruajes.

D. Julian Sánchez entró aquella misma noche en la ciudad con gran entusiasmo por parte de los zaragozanos.

Mina, que se había lanzado en persecucion de Paris, le derrotó en Alcuibierre, haciéndole huir á tierra francesa, abandonándolo todo.

Poco despues rindióse la Aljafería, capitulando el gobernador por efecto de las disensiones habidas entre su misma gente, el día 2 de agosto, así como igualmente lo hicieron más tarde las de Almunia, Daroca y Mallén.

Wellington nombró á Mina comandante general de Aragón, el

cual favoreció el asedio de Pamplona, dejando de guarnicion un batallón en Zaragoza y destacando otros á Jaca y Monzon, los únicos puntos con que contaba el enemigo en territorio aragones.

A consecuencia de esto, Suchet se convenció de que no era necesario continuar en Aragón, y reuniendo tropas, excepto las de Monzon y Mequinenza, pasó por Tortosa á Reus, Valls y Tarragona.

Dió allí algunas disposiciones convenientes á lo que se proponía, dirigiéndose con su ejército por el Coll de Santa Cristina el 29 de julio, haciendo alto en Villafranca del Panades, estando á la perspectiva de Tarragona y Barcelona.

Los españoles siguieron su ejemplo.

Copons se colocó en el flanco derecho del enemigo con objeto de impedirle el paso de viveres, así como lord Bentinck y Whittingham con el 3.º ejército cruzaban el Ebro, y los primeros avanzaban hacia Tarragona, atacándola el 28 de julio.

El 2.º ejército se detuvo en el reino de Valencia, en aquellos puntos en que restaba guarnicion enemiga.

El 1.º de agosto reuniéronse unos cuarenta y siete mil aliados á las órdenes de lord Bentinck, en tanto que Bertolletti, segun le había ordenado Suchet, se dedicó á abrir y cargar minas en las murallas y baluartes de Tarragona.

Llamó á los generales Decaen, Mathieu y Lamarque, y juntas todas sus fuerzas, formando el número de treinta mil hombres, avanzó por dos caminos á Tarragona, retirándose los aliados, dejándole libre el paso.

Dos días permaneció el enemigo por aquel terreno, y el 18 de agosto hallábanse reunidas las fuerzas alrededor de Tarragona.

Salieron Bertolletti y sus tropas de la ciudad, prendiendo fuego á los repuestos de bombas y granadas cargadas, á las mechas de las minas y á los almacenes de pólvora y viveres.

Veinte y tres minas explotaron, haciendo inmensos estragos en la poblacion, que quedó convertida en un monton de ruinas.

La division de Sarsfield ocupó al día siguiente la ciudad, viéndose obligados los franceses á retirarse á la línea del Llobregat, donde se fortificaron.

A su vez los aliados fueron tomando posiciones tambien, verificándose algunos encuentros que, si bien en un principio fueron favorables á los españoles, especialmente en el que dirigió D. José Manso, fuéles contraria la fortuna despues, y se vieron obligados á replegarse sobre Tarragona.

Napoleon, que se hallaba en Dresde cuando supo lo ocurrido, indignose contra su hermano y contra Jourdan, acusando á su imperial mariscal Soult bajo el título de lugarteniente del Emperador en la Península.

El nuevo Mariscal reunió las tropas francesas en un solo ejército y trató de socorrer las sitiadas plazas de Pamplona y San Sebastian, como ya vimos, pero ninguna de las dos empresas le salió bien, y la famosa batalla de San Marcial acabó de dar al traste con todas sus esperanzas.

Este combate, del cual no hemos hecho más que alguna ligera indicacion en el anterior capitulo, es tambien uno de los más famosos que tuvieron lugar durante la famosa guerra que nos ocupa.

La toma de San Sebastian por las tropas aliadas había sido desgraciadamente señalada por esos actos que tanto desdichan del buen nombre de un ejército, siendo tratados los infelices moradores cuando llenos de alegría iban á recibir á los anglo-portugueses, como sus libertadores, peor que si hubiesen sido sus encarnizados enemigos.

La soldadesca se entregó á todos los excesos imaginables, y la violacion, el robo y el incendio causaron más lágrimas y mayor luto, que los ataques de los días anteriores.

Durante el tiempo que tardó el castillo en rendirse, intentaron nuevamente los franceses socorrer á sus compañeros, para cuyo efecto el día 31 de agosto al amanecer, diez y ocho mil soldados cruzaron el Bidasoa, cuyo paso estaba defendido por el 4.º ejército español, al mando de D. Manuel Freire.

Tan recia fué la acometida de los franceses, que en el primer momento arrollaron las avanzadas que los españoles tenían en las alturas de San Marcial.

Sin embargo, repusieronse, y acudiendo refuerzos obligaron á sus enemigos á repasar el río.

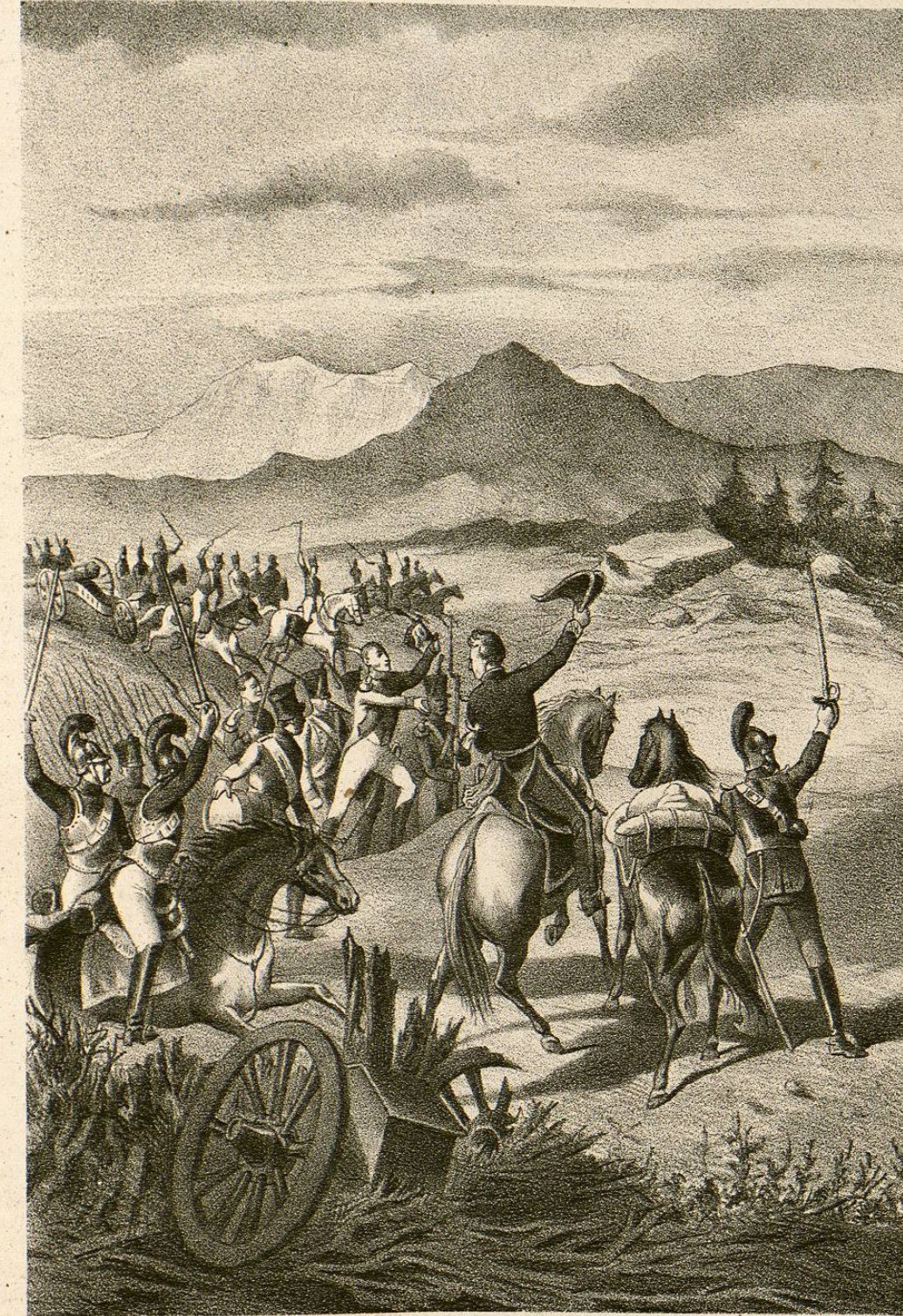
Por la tarde repitieron éstos el ataque en número considerable, alcanzando la misma suerte que en el anterior.

La bizarría de los españoles en esta memorable accion fué tal, que el mismo generalismo ingles no pudo ménos de confesarlo, enalteciendo su conducta.

Las pérdidas que tuvimos en San Marcial, nombre que se dió á la batalla por el punto en que tuvo lugar, fué de unos dos mil hombres, superando mucho de este número las del enemigo.

La hora de las grandes expiaciones, como dice un historiador moderno, había llegado ya para el Emperador.

La nueva coalicion se preparaba, y el desastre que sus armas sufrieron en Kulma reanimó todas las esperanzas, haciendo presumir que el momento de su caída estaba próximo.



ENTRADA DEL EJERCITO ANGLÓ-ESPAÑOL EN FRANCIA.